

REFLEXIONES

SOBRE

TACTICA NAVAL

Por

Reinaldo RIVAS González

Capitán de fragata, Armada de Chile

Al margen de la discusión profesional que puede generarse en torno a diferentes puntos de vista sobre aspectos de procedimientos tácticos que pudiesen aplicarse con éxito en las operaciones de fuerzas navales, aparece la conveniencia del análisis de otros factores que también son inherentes al problema y que en lo general informan la filosofía de esta parte de la guerra en el mar.

En un plano objetivo, nuestra atención debiera ser dirigida a la fuerza principal que posea la Marina de un país cualquiera, la cual, para los propósitos que importan, no necesariamente debe ser de gran magnitud, pero lo que sí es de real interés es conocer cuál es el grado de su eficiencia bélica.

Una fuerza naval bien entrenada para la acción es un elemento de poder de primera importancia para el país que la posee, y que inspira respeto a quien conozca lo que ello significa. En el logro de estos esfuerzos destacan algunos factores que a nuestro juicio son concluyentes:

a. Esta eficiencia bélica nunca es absolutamente perfecta y un jefe debe

saber percatarse a tiempo de cuáles son las reales capacidades de sus medios para no saturarla, no sobreentrenarla a un punto tal que sus resultados sean negativos.

- b. Cualquier relajación en las actividades de entrenamiento altera la ecuación de equilibrio en la eficiencia y según sea el caso o las circunstancias, incluso en cortos períodos ésta puede disminuir a límites peligrosos.
- c. El profesionalismo no es una actitud mecánica de repetición continuada de ejercicios preconcebidos para alcanzar un grado determinado de destreza, sino que por el contrario, en su esencia, la táctica tiene vida propia, hay un arte en su ejecución, que se basa en la inagotable energía creadora de su conductor, y que es válido también para todos los que en la acción participan, porque a todos ellos les cabe una parte de responsabilidad en la tarea de la destrucción del adversario.
- d. Toda fuerza naval por poderosa que ella sea, siempre tendrá un talón de Aquiles y no pocas veces nacida

de su propia fortaleza, en que la complejidad de su organización la haga débil en determinados aspectos y no la capacite por ejemplo para actuar con una adecuada movilidad aun cuando cuente con excelentes medios técnicos.

Tal situación podría tener como consecuencia el llegar a una concepción extrema que la primera función de una fuerza naval es defensiva para evitar su propia destrucción y como un corolario, su existencia es tan valiosa que impide arriesgarla. La historia nos recuerda casos parecidos en que la preocupación principal de algunos almirantes de la época era entregar a sus sucesores las escuadras intactas aun en desmedro de favorables oportunidades para empeñarlas en la acción.

Desde este ángulo de vista, y dando por descontado el problema estratégico que toda batalla en el mar involucra, sólo para los efectos de centrarnos con más claridad en lo táctico, deberíamos considerar que la preocupación primaria y permanente del jefe para la consecución de su objetivo estará en alcanzar y mantener una buena eficiencia bélica de su fuerza naval.

Detrás de este concepto aparentemente simple, como de Perogrullo, hay algunos elementos básicos inherentes a la acción y que son válidos con sus correspondientes matices y a diferentes niveles.

a. Para el jefe de la fuerza, la acción táctica consistirá en destruir a su adversario, para impedirle cumplir su cometido, lo que en la práctica involucra:

1º Como mínimo dejarlo inmovilizado y en lo posible hundirlo o derribarlo, pues con ello alcanza su objeto de hacer desaparecer el peligro que la existencia de este enemigo significa.

2º Destruirlo con rapidez.

3º En lo posible actuar con seguridad para evitar daños propios que le impidan cumplir su cometido.

b. Un comandante de buque tiene objetivos aún más específicos.

1º Un buque entrenado y capaz de actuar en conjunto en forma bien coordinada respondiendo con rapidez a las mayores exigencias de sus capacidades de diseño.

2º Un buque de poder ofensivo efectivo, que debe comprender una dotación con adecuados conocimientos tecnológicos para operar bien el material a su cargo, lo que además requiere un grado óptimo de entrenamiento.

3º Un buque construido con buen material que incluye maquinarias, armamento suficientemente ofensivo, sistemas de control de armamentos y de detección que sean de la mejor calidad y que le permitan soportar castigo sin que deba abandonar la línea de batalla.

4º Un buque preparado para enfrentar cualquier amenaza, aun cuando por su diseño esté destinado preferentemente para un determinado tipo de misión. Esta es una de las razones del por qué los navíos de guerra son de alto costo, pues deben ser versátiles, para actuar con mínima seguridad si se da el caso de encontrarse aislado o independiente.

5º Pertrechos logísticos en cantidad suficiente.

Estas mismas inquietudes de hoy, eran las preocupaciones de los almirantes en el pasado, porque en la historia de los hechos bélicos en la mar, el problema de la eficiencia guerrera es viejo, que basta sólo con recordar los tiempos de Nelson, quien además de llevar la responsabilidad de la parte estratégica, diríamos en forma personal, también se desvelaba y preocupaba por los aspectos básicos de la instrucción y el entrenamiento de sus veleros, con sus capitanes de alto y así asegurar la movilidad de la escuadra con la práctica continuada de sus artilleros, de cuya puntería como habilidad y destreza personal dependía una fase muy importante de la contienda y los cuales también debían tener un sentido muy claro del equilibrio y consecuentemente de la horizontabilidad (el elemento estable de la época),

y también de la capacidad física de sus tripulaciones, fundamentales para la fase final de los abordajes en la lucha cuerpo a cuerpo.

Otro aspecto que debe inquietar al jefe de una fuerza naval, es la preparación táctica específica de sus buques, no sólo de sus oficiales sino también de otros niveles de personal. Hoy en día la Central de Informaciones de Combate (CIC) tiene una parte muy activa y valiosa en aconsejar al puente de mando, porque la guerra en el mar nunca ha sido fácil, sino por el contrario, está llena de complicadas relaciones que obligan a resoluciones instantáneas que requieren de la participación activa e inteligente de todos sus participantes para aprovechar muchas veces la única y especialísima oportunidad que pueda presentarse a uno de los contendores para batir al otro.

Tal preparación sólo es dable obtener a través del estudio constante y análisis metódico de las situaciones tácticas que va formando a través de una carrera completa, es decir, de la vida entera del oficial que tiene como única meta ejercer el mando, una plataforma sólida que es el saber y aun cuando este conocimiento pueda ser sólo en base de una meditación teórica, debe irreversiblemente producir imaginación que genere ideas tácticas cuerdas, con rapidez y serenidad en el juicio que se traducen en órdenes acertadas en el combate.

Concretamente esta imaginación puede ampliar el horizonte del éxito durante la acción y en relación al plan de batalla ya concebido en importantes aspectos tales como:

- a. Cambiar el procedimiento empleado si se advierte que no dará resultados, o bien persistir en el mismo si se aprecia que sólo es cuestión de tiempo.
- b. Percatarse oportunamente de la magnitud del peligro a que se está exponiendo y hasta qué punto esta amenaza puede impedirle cumplir con su objeto.
- c. Prever la reacción del adversario durante la acción y en relación al giro que estén tomando los acontecimientos.

A esta necesaria ilustración profesional y al problema que involucra la acción táctica, podemos acotar que la interrogante es la misma de siglos atrás, cual es la de tener la mayor seguridad de que con sus medios de combate podía destruir al adversario. Ello ha significado que a través de los tiempos, estudiosos de la guerra naval han analizado las situaciones producidas en múltiples batallas obteniendo provechosas enseñanzas que obligaron y compulsaron a la técnica traducida en nuevos ingenios bélicos o la solución de las dificultades que se les presentaban; en suma iban variando y modificándose los procedimientos tácticos.

Todo lo anterior, también el transcurso del tiempo ha conformado una ciencia completa que es la táctica naval, en toda la amplia gama de acciones que puede comprender la guerra en el mar, ha tomado la forma de una extensa literatura pedagógica traducida hoy en completos manuales y textos de estudio, base prácticamente universal de la enseñanza profesional en las academias navales y escuelas de guerra de los países que poseen Armada.

Una vez que el jefe ha resuelto ir a la acción y consciente que su plan de batalla es adecuado a la realidad de las circunstancias presentes, a no dudar serán muchas las preocupaciones que inquietarán su espíritu y forzosamente deberá darles una prioridad para definir lo fundamental de lo secundario, dejando trabajar a quienes tienen que dedicarse a tareas específicas, confiando en sus subalternos y dejando para sí las decisiones importantes. En la guerra moderna una de las que más interesará al OCT será la misma interrogante que a los almirantes en la era de los veleros: ¿dónde está el enemigo? ¿cuál fue su última información? ¿rehuirá la acción o se interpondrá a mis propósitos? He aquí el matiz de la estrategia con la táctica cuyos límites no serán nunca tan claramente definidos como fuera de desear.

Antaño tales dudas eran resueltas en una mezcla de conjeturas y deducciones de orden estratégico y con los elementos o factores tácticos que en la época eran válidos, la intuición marinera o por obra

de la casualidad o bien no se resolvían. Hoy en día la necesidad de asegurarse este tipo de informaciones, debido al inmenso valor material de las fuerzas y el importante papel que tienen en el aparato de la defensa nacional impide arriesgarlas indebidamente. Esto ha hecho que la ciencia impelida por imperiosos requerimientos haya mejorado su tecnología al extremo de contar con elementos, sistemas electrónicos, e incluso unidades de superficie, aéreas o submarinas que a distancia aumentan considerablemente el área de exploración donde rebuscan o patrullan, dando la necesaria seguridad a la fuerza que se desplaza en la mar.

Igualmente el jefe habrá de tomar en consideración los factores de la táctica, que aun cuando puedan ser considerados como un tema ya manido, la gente del oficio sabe que incluso hoy, en la época de los misiles y las naves espaciales, sigue teniendo importancia aprovechar la luz y la obscuridad, se mantiene la trascendencia de valorar la personalidad de los jefes, sigue siendo necesario hacer una comparación de la potencia relativa de combate, continúa la conveniencia de analizar la línea de retirada del enemigo, etc.

Entre dos fuerzas que combaten, siempre tendrá que existir alguna diferencia específica entre éstas, ya sea en número, calidad o potencia del material, o bien de eficiencia guerrera que es, en buenas cuentas, entrenamiento. Todo ello es previamente analizado en un plan de batalla para aumentar y asegurar el éxito, lo que tampoco deja de ser sólo una apreciación razonable de sus posibilidades, que se van afianzando en la medida en que se van valorando sus propias capacidades e inversamente en disminución, cuando se aprecia una superioridad en el adversario.

Por consiguiente tenemos que en momentos previos a la acción, el jefe de la fuerza debe tomar una resolución que confirme o modifique sus anteriores decisiones. Muchas veces todo ello debe analizarse en segundos, quizás con mayor rapidez que un sistema de computación, incluso a un nivel superior de nuestros actuales procedimientos de evalua-

ción táctica. Ponemos como ejemplo la conocida sentencia del jefe de la Central de Operaciones de Combate al comunicarse con su comandante en el puente de mando: "Señor, si Ud. no dice que NO, dentro de 4 segundos dispararemos el Misil N° 1...". El cerebro humano sigue siendo el mejor computador de la creación, porque tiene vida propia y sentimientos, porque razona y evalúa las posibilidades del éxito o el fracaso en función de su propia supervivencia, que es la vida misma.

Si en esta apreciación las condiciones le favorecen, no hay que trepidar ni un segundo en la destrucción de su adversario con todos los medios a su alcance y en la forma más rápida, pues de ello también depende su propia seguridad porque asimismo pueden darse otros factores, como por ejemplo, la concurrencia de otras fuerzas que puedan apoyar al adversario.

En ello vale la pena recordar antiguos preceptos de artillería: "pegar primero y continuar pegando a su adversario". Es en esta parte de la acción, para el caso de un encuentro de superficie, donde el jefe de la fuerza hace gala de sus conocimientos profesionales ejecutando con verdadero arte, aunque la expresión resulte paradójica, la destrucción de su enemigo en forma precisa, balanceando los cánones de los procedimientos teóricos practicados y repetidos con calma, tiempo y espacio a sus anchas en la paz, con las circunstancias tal vez precarias y la tensión de una acción real donde es imperativo tener aún mayor destreza y habilidad en la ejecución.

Sin olvidar necesariamente las limitaciones de diseño de las armas, lo importante en este momento crucial del combate es disparar a pegar, ir corrigiendo las salvas de artillería con inteligencia, no esperar llegar a una posición ideal para lanzar o tratar de cruzar la T en lo convencional; que la barrera de fuego contra los aviones no sea una perfección, pero que exista en ese instante preciso; percatarse que segundo de tiempo que transcurre es un segundo de vida más para el submarino que acecha esa oportunidad y que naturalmente sigue

siendo una amenaza latente para el opositor.

Toda esta maquinaria de perfecta sincronización que es una batalla, la gana en la práctica quien comete menos errores en la coordinación y en el oportuno empleo de sus medios. Los libros que se escriben para justificar un combate perdido pueden ser de gran mérito y valederos, pero no son más que justificaciones. Lo que importa es ganar, porque hay sólo una medalla de oro y ella es para el vencedor.

La otra alternativa es la comparación de fuerzas iguales o inferiores, donde naturalmente entran en vigor apreciaciones de índole estratégica sobre la conveniencia de mantener o no el cumplimiento de la misión de una fuerza. Sucede también, volviendo a nuestro plano táctico, que hecha tal evaluación y resuelto ir a batalla, a no dudar ha tenido que influir en gran medida la propia estimación de la capacidad ofensiva que el jefe asigna a sus medios. La confianza que en ello deposita se basa también en los largos períodos de preparación donde él con sus propios y experimentados ojos profesionales pudo valorar que esa destreza en el empleo del armamento en los muchos ejercicios que ejecutó, puede suplir una diferencia de potenciales de guerra.

Este valor en la decisión es el mismo que antaño se requería como vigor físico para hacer la guerra y que hoy día tiene solamente una apariencia distinta, en que se cambia de forma pero se mantiene la agresividad en estado latente, en la comprensión que el valor en la contienda sigue siendo una constante, una característica especial de los hombres de armas.

En esencia, este problema del enfrentamiento entre dos fuerzas también podemos asimilarlo como ejemplo a un match de box entre dos luchadores de condiciones dispares, en que puede darse el caso que en el desarrollo de la pelea se vayan apreciando otros aspectos que antes no había sido posible procesarlos; la agilidad extraordinaria del boxeador físicamente menos favorecido para evitar los demoledores puños de su adversario, su excelente coordinación muscular, para acertar golpes a su macizo

oponente en un momento y ubicación precisa en que su defensa poderosa es lenta en reaccionar y que le permiten poco a poco ir minando esa torre de acero que termina por desmoronarse, ganando el combate el luchador que en apariencia tenía menos posibilidades.

Lo mismo es factible de suceder en el mar, cuando con arrojo, audacia y suerte, una fuerza coordina sus ataques con rapidez y efectividad, por ejemplo, en la concentración del fuego sobre su adversario más próximo cuando previendo las circunstancias se ordenó un despliegue correcto de sus medios evitando su dispersión, cuando una oportuna cortina de humo impidió que la fuerza fuera atacada por aviones; cuando la lentitud de su adversario debido a su magnitud le hizo aprovechar sus fuerzas ligeras que sumaron el fuego de su armamento a la artillería principal del grueso; cuando sus convencionales medios de detección no fallaron y sus elementos de enlace de radio fueron usados con tal destreza que llegó a producir confusión en el enemigo, sólo por breves segundos, pero los suficientes para aprovechar la oportunidad de la situación táctica.

Esta no es una afirmación, pero sí una posibilidad que representa el otro lado de la moneda, la cual, en la escala relativa de valores referida a potenciales, una fuerza naval también puede encontrarse, y debe prepararse incluso anímicamente para ello, con fe y esperanza en sus propias capacidades, que no deben ser mirados como factores espirituales puros sino como el aporte filosófico al bagaje profesional de un hombre de armas.

Todo ello, debe dar al oficial que ejerce el mando una visión más amplia del contexto general de la situación táctica que se vive. Esa visión es seguridad en sus actuaciones que también ha de llegar a todos sus subalternos, quienes de un modo tangible se saben respaldados y seguros con un hombre que sabe lo que hace y cuanto quiere seguirán vivos y saldrán victoriosos.

Este hombre que a conciencia ha dedicado una existencia completa al per-

feccionamiento profesional y a quien se suman la entereza de carácter para vencer las dificultades, una recia y serena personalidad para conducir su gente en los momentos buenos y en la adversidad, que es carismático por presencia, este hombre es un líder que siempre triunfará.

En el plano de los hechos concretos, lo básico es pensar con claridad y pensar es talvez una de las actividades más difíciles del ser humano, aunque sin duda la más productiva, porque en el campo táctico lo que importa es ganar, hundiendo, derribando y sepultando a su adversario en las profundidades del océano. Quizá es una de las poquísimas actividades de los humanos en que es válido el controvertido concepto de que el fin justifica los medios, puesto que involucra la vida misma de sus componentes.

Bueno es recordar al pequeño David que venció a Goliat usando armas muy convencionales y en condiciones de un manifiesto desequilibrio de fuerzas contra el gigante filisteo, un ejemplo reconfortante de la historia que se repite con cierta frecuencia y de su análisis siempre

volvemos a establecer que lo decisivo del problema fue resuelto en base a los conceptos que hemos comentado.

Finalmente es un hecho indiscutible que la guerra moderna nos ha traído un cúmulo de complejidades que se han traducido a la vez en una sofisticación tanto de los elementos de combate en pos de una simplicidad de operación, como también en los procedimientos para una mayor eficiencia en los resultados.

Todo ello sin duda es necesario, porque no se tiene oportunidad todos los días de entrar en combate y adquirir experiencia de un modo práctico y la guerra es un problema muy serio en sus consecuencias para no llegar a ella bien preparado. Sin embargo, no obstante lo plausible de esta necesidad veremos que cada vez nos obligará a destinar más y más tiempo a aspectos técnicos, sin duda importantes, pero que a la vez tal absorción no deberá apartar al jefe que manda, de su función y obligación básica: la conducción general de sus fuerzas para llevarlas al éxito, meta final, y nada secundario debe apartarlo de este precepto fundamental.

